

*Fin de semana
en Etruria*

JULIO MANUEL DE LA ROSA

Fin de semana
en Etruria



Primera edición: noviembre, 2009

© Julio Manuel de la Rosa, 1971, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-182-4

Depósito legal: M-42.486-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

NOTA DEL EDITOR A LA PRESENTE EDICIÓN:

Fin de semana en Etruria, de Julio Manuel de la Rosa, se hizo merecedora en 1971 del Premio Sésamo. La novela se publicó un año más tarde con una férrea intervención de la censura. La presente edición rescata el texto original del autor y, para información del lector, se indican las partes en su día cercenadas por la censura en gris y con un trazo horizontal.

*Que por encima de estos y esos muertos
Y encima de estos y esos vivos que combaten
Algo advierte que tú sufres con todos
Y su odio, su crueldad, su lucha,
Ante ti vanos son, como sus vidas,
Porque tú eres eterna
Y sólo los creaste
Para la paz y gloria de su estirpe.*

LUIS CERNUDA

A la memoria de mi padre.

A mi hijo Julio.

I

Sábado, A

LA CARRETERA BAJABA DIBUJANDO UN DECLIVE suave. Desde allí se veía la playa, inmensa, viviente, envuelta en el poderío del sol, atravesada por un brisa ligera que agitaba la bandera situada junto al bar principal, pintado de un rojo estridente. La carretera atravesaba el bosque de pinos, salpicado de chalets, apenas entrevistos desde el autocar; chalets apacibles y señoriales sumergidos en la profundidad vegetal, lejanos al bullicio creciente de la carretera; el bullicio, el calor, el bullicio compuesto principalmente por autocares rebosantes de una multitud densa y festiva.

Junto al borde de piedra, por efecto de la altura, se podía gozar de una perspectiva evidentemente

parcial y engañosa, basada en líneas de colores cambiables envueltas en una atmósfera-vaho apoyada en la referencia principal de la gelatina, en el azul básico trazando un haz no muy preciso pero totalmente atravesado por la luz del verano, de la que se derivaban una serie de planos o zonas: en primer lugar (plano de fondo), la gran realidad azul-verde-cambiable del agua, potenciando el vaho-gelatina irisado, con su correspondiente espuma terminal nevada, renovándose eternamente, impasible en su mecanismo, dejando en su movimiento una ancha zona de humedad brillantísima cuajada de profundidades aceradas, de prodigiosas mutaciones. Más allá, en una frontera imprecisa, la zona humana, explosiva en su desordenado y dinámico movimiento. Vibraban otros planos confusos (pero no secundarios) definidos por el lento batir de alas (gaviotas), por el eco amortiguado de gritos y voces, por el rumor inexorable y antiguo que llegaba desde el mar, por bruscas e intermitentes oleadas de ruidos bastardos: motores, explosiones, heroicidades de motocicletas o últimas maniobras de pesados autocares buscando un sitio bajo el sol donde pasar el día. ~~Famosa playa sureña, desde antiguo bien conocida por la densidad de sus bosques de pinos, cuyos propietarios, azotados por los quebrantos de la~~

~~posguerra, se hicieron repentinamente ricos a causa de las especulaciones inmobiliarias. Un asombroso y rápido negocio, que salvó de la ruina a los señores del pueblo, que incluso habían cambiado en momentos de apuros parcelas de pinos por un traje de novia para la hija.~~

Más o menos habían llegado sobre las nueve o quizá un poco antes, cuando la playa aparecía casi desierta. Los jóvenes saltaron inmediatamente a tierra y corrieron hacia el mar, mientras las mujeres se afanaban en torno al conductor, de forma que cuando llegaron al bar, los jóvenes paseaban ya por la orilla, bromeando, arrojándose arena, pasándose el balón entre grandes aspavientos. Sin embargo, las mujeres dominaron muy pronto la situación: eficaces, alegres, plenas de desparpajo, reiterativas, acosaron al camarero, el cual no tuvo inconveniente en unir cinco o seis mesas, y al rato los madrugadores excursionistas del autocar amarillo se habían apoderado del chiringuito principal, que no era más que un mostrador sólido, el cobertizo de los servicios y encima una estructura metálica cubierta por una gran lona despintada y vieja. Con cierta pasión fueron colocando los canastos sobre las mesas; no con pasión, con cierto aire imperativo fueron colocando las bolsas, los paquetes, los transistores, mientras las

muchachas —cinco o seis—, con los pantalones ajustados, camisas de colores, luz en los ojos, buscaban los bañadores con misterio, cierta gravedad, pudor y seriedad, tanteando el camino de los servicios. Los hombres, en grupo aparte, aparecían entretenidos en el mostrador.

Se veía, fuera, la formación de la jornada grande a punto de comenzar. Síntomas en la cocina, en la fuente de ensaladilla, bocadillos, pirámides de latas, cajas de cerveza amontonadas bajo el mostrador, barras de hielo. Todo relacionado, naturalmente, con el día transparente, con la luminosidad que se extendía hasta las copas de los pinos, al otro lado de la carretera. El techo vegetal brillaba formando un entramado suave de tonalidades verdes, cambiantes, como un punto de paz o una ilusión de cuidado y falso sosiego mezclado con el rumor del mar. Pero la invasión había comenzado e inmediatamente —en una unidad de tiempo asombrosamente breve, aunque el tiempo, cuyos deslumbrantes mecanismos apenas si habían aparecido, era una dimensión muy sutil, muy despreciada o muy inadvertida en la redondez festiva— se impuso el verdadero ritmo del día: oleadas, automóviles utilitarios sobrecargados de niños, bultos, neveras, mesas portátiles, sombrillas. Automóviles que llegaban desde todos los ángulos posibles

formando filas interminables para detenerse finalmente cerca de la arena, maniobrando con dificultad hasta encontrar el sitio. Y después la marea humana plenamente definida, canalizada, dotada de un comportamiento asombrosamente regular: bajaban, corrían, tomaban conciencia de una fugaz sensación de libertad o fiesta, clavaban en la arena el palo de la sombrilla o edificaban con fervor las tiendas de lona, ajenos al tiempo; rectificaban, unían niños, recogían niños en sus primeras caídas, lanzaban las madres advertencias maduras durante el viaje, abrían bolsas, ordenaban vestuario, ocupaban. Cuando un hombre, cerca del chiringuito principal dominado por los excursionistas del autocar amarillo, se tumbó en su hamaca y conectó el transistor, pareció su gesto, por unos instantes, el comienzo oficial de la jornada; pero era inútil hablar o pensar en el comienzo porque la carretera mostraba una actividad incesante. Tampoco se podía considerar como comienzo el gesto del dueño del bar poniendo el puchero del café sobre el mostrador, ni sus manos pesadas repartiendo vasos, ni la aparición del grupo de muchachas, ni sus bañadores, ni sus risas nerviosas; no era comienzo alguno la conversación de los hombres, sus comentarios sobre el calor y, ni mucho menos, la afirmación conciliadora de José Montalbán de: hoy

tiene usted buena clientela, ni la contestación del dueño, inmovilizando por unos instantes el trasegar de las manos, levantando el rostro casi hundido en el interior de una cacerola, contestación referida a las fisuras del invierno. No era comienzo —ni mucho menos— el enunciado de Francisco Blanco: usted nos pone ya en la nevera cinco o seis botellas de vino. Y entonces se volvieron todos a las risas de las muchachas, y Ricardo notó muy claramente el calor del cristal en la mano derecha y el galope del corazón en el pecho. Las muchachas exploraban ya el camino, la dispersión. ~~Se alejaron hablando en voz alta, alegremente, dejando atrás un vago olor que se podía confundir con el deseo o que quizás era el deseo mismo o el sueño que siempre envuelve al deseo.~~

Pero tampoco era ningún principio el gesto de encender el cigarrillo mientras el pensamiento alocado se iba concretando en: más llena que el año pasado, más hecha y mujer, pero ojo, sin perder su línea de fragilidad, aparente fragilidad que ahora, bajo la luz, era como una sorpresa. Las caderas llenas, concretas; muslos redondos y limpios, doble color, bronceado y blanco allí junto a la señal orientadora del bañador. Flexible todo el conjunto, armonioso, maduro, pleno, desaparecida ya la vaci-

lación adolescente del verano pasado, sin adolescencia en las caderas, con un gesto adolescente, eso sí, en los ojos, en la forma ingenua de la nariz, en el ademán nervioso de las manos, en esa forma de apartarse el pelo, de mirarlo, ahora de mirarlo, de dejar una rápida mirada sobre el grupo. **Una mirada plena de sabiduría y complicidad, de promesas apenas enunciadas, pertenecientes a un dichoso y secreto código.**

Mientras él, al contemplarla, notaba la llegada del deseo en forma de breve oleada fría, apartándose del mostrador, de la conversación trivial de los hombres con sus dos tonos fundamentales: el machacón altivo de Francisco Blanco y el silencio de Montalbán. Más allá, su propia voz, la sorpresa de su propia voz diciendo el nombre; su propia voz Carmen chocando con las voces de las mujeres posesionadas de las mesas, exponiendo los rostros al sol, las piernas, sin familiaridad. Carmen. Otra voz, la voz de una mujer del grupo, la única que estaba en bañador, madura, con los senos grandes y sin gloria, con evidentes señales de decadencia en el cuerpo de líneas hacia abajo atenuadas sobre todo por el brillo de los ojos y la vivacidad de los gestos.

Se fueron alejando en silencio. Un barco navegaba pegado a la línea del horizonte. El calor no había

alcanzado su cenit, pero ya las sombras (dos sombras casi unidas) se aplastaban contra la arena. Ricardo. ¿Otra vez el análisis? La risa de Carmen y la voz de nuevo. El análisis: un avión cociéndose al sol, olor a sudor, el mono de faena empapado, los ojos en el plano del motor. ¿Qué se entiende por organigrama? Un asno con los ojos vendados; trabajar como un burro con los ojos vendados. Viernes: debemos pagar los billetes a Francisco Blanco, debemos abonar las reservas de la excursión. Yo pago mi parte y tú la tuya, como los jóvenes europeos. Volver al trabajo con la habitual amargura del asno ciego. ¿Conoces a Sísifo? Volver al trabajo con la habitual amargura del asno ciego y permanecer mucho tiempo bajo la ducha escuchando los ruidos de siempre; encontrar la tarde vacía, la amplia tarde estival vacía. Es muy triste el verano; también es muy triste el invierno. Todo es triste si tú lo estás. Pronto pasará el verano. Oh, si tú fallas, todo se acaba y después llegará el otoño. ¿Te acuerdas, Carmen? La voz de la muchacha, persuasiva: sí, pero deja eso ahora. No recuerdo muy bien: en efecto: el salón decorado con aquel gusto característico, los cuadros, la pequeña biblioteca, el primer encuentro, el gran entusiasmo. Entonces trabajar no era la imagen del asno con los ojos vendados, pues cada noche vivía la gran aventu-

ra. Primera lección: aproximaciones a 1898. Somos más amigos de los demás cuanto más libres seamos; si pones amor donde no lo hay, encontrarás amor. El intelectual que nos interesa es aquel capaz de completar la imagen del hombre para hacerlo mejor, interpretándolo. Bravo. ¿Volar como vil gallina si puedes hacerlo como el águila? Ofrecerse es servir. Voz pausada, perfectamente educada en sus matices, impecable americana sport, zapatos brillantes, sonrisa a punto, gesto paciente, generoso, abierto al diálogo con la única clase social —comprobó meses más tarde— no atendida en el gran plan. Mejorar las conciencias. Hacia la libertad por la cultura. Ojo (la voz del profesor, en caridad, cargada), mucho ojo, pues aquí existe un grave peligro: la cultura no es una metrallera. Nuestra gran aventura, la aventura de nuestro diálogo no puede terminar en un fanatismo. Ganaba la cálida palabra del joven profesor, del brillante y joven publicista universitario, soltero, apuesto, hermoso, intelectualmente comprometido, crítico agudo, lector en Alemania.

Es una fecha muy mala para ti. Ricardo sonrió. Se iban alejando poco a poco de la zona de playa invadida y conforme avanzaban, los grupos eran menos numerosos. Se volvieron de pronto para mirar hacia atrás. Ricardo extendió la mano. Diseminada se veía

la gigantesca colmena, una extensa mancha multicolor apenas movible. Distinguieron el bar por la bandera que apenas movía la brisa. Ahí tienes a nuestros hermanos disfrutando del gran día. El mar aparecía liso y bruñido. Pasada la casilla de la Guardia Civil la playa cambiaba de estilo y se hacía más solitaria, con sus quitasoles de colores vivos, nodrizas, niños tostados por el sol, mujeres maduras instaladas en tumbonas. Y aquí descansan los otros hermanos. ~~Allí estaban los hijos y nietos de los señores que un día remoto heredaron de sus antepasados hectáreas y más hectáreas de hermosos pinares frente al mar, dotados de gran belleza paisajística, pero de ninguna utilidad aparente en el acuciante nivel económico. Ahora disfrutaban del sol en las terrazas de los suntuosos chalets, sin poder disimular el desdén e incluso el asco que sentían por los llamados invasores de los domingos.~~ La risa de Carmen. Sin mirarse buscaron un sitio apartado entre las dunas. Acomodó la cabeza en el regazo y cerró los ojos. El peso de la cabeza en el vientre, el cansancio de la cabeza, su revuelo. A veces se sometían gustosamente a un juego: el dedo índice de ella recorría la piel de la frente, como un bisturí; los dedos hurgaban en el interior del corte ficticio, buscando, capturando la idea. Tu jefe de taller. Vale. El reloj de la fábrica marcando

las ocho y cinco. Vale. El comedor de la fábrica con las mesas sucias. Vale, eso es. La cabeza permanecía inmóvil sobre el vientre. Cansancio doloroso, rabia sabiamente educada. No quería moverse. El ritmo del pecho, amplio y fuerte, levemente velludo, subiendo y bajando. No debía moverse. Conocía las tormentas del hombre, la tristeza reflejada siempre en el fondo de los ojos. Demasiado lúcido para su edad y para su ambiente, le había dicho el profesor. Los dedos del profesor, largos y finos, de una limpieza o una tonalidad diferente, sin nervios, sosteniendo delicadamente la tiza. Las clases comenzaban después del trabajo. El afeitado del profesor, lana inglesa, olor permanente y personal, resultado de mezclar masaje facial y aroma de tabaco rubio. Junto a él, Ricardo, con su chaleco mal acabado, arrugados pantalones, manos herramientas, deformadas y anchas, de uñas acribilladas, fuertes tendones descarnados. La nobleza de los ojos, un punto de miedo o ironía desengañada. El gesto flexible del profesor ante su permanente interrogatorio. Tenga en cuenta que Antonioni no pretende más en esa película. La voz del profesor, el bello ejercicio dialéctico. Allí se conocieron. Cuatro meses más tarde ella aprobó las oposiciones para ingresar en el banco; quince días más tarde, Ricardo tuvo el primer altercado serio

con su jefe de taller. La mandíbula contraída, las manos carentes de habilidad, a veces llenas de insoportable ternura, torpes, siempre anhelantes mientras las clases nocturnas seguían avanzando y la gran aventura del espíritu, la positiva comunicación, la felicidad de servir, todo ello quedaba perfilado: dentro del amor, cuando pensemos en el amor, que cada uno ame como quiera, pero amar de verdad, dar siempre mucho más de lo que uno espera recibir, darlo todo en realidad sin esperar demasiado, sin esperar nada en el fondo. Ingresa en tu banco y no te preocupes. Agrio Ricardo, allí clavado cada noche, a las ocho y media en punto, como una acusación en primera fila, abriendo y cerrando el cuaderno escolar, nervioso. Las clases acababan a las diez. Comienzo del invierno, la visión diaria de las ventanas cerradas, el autobús, la existencia en cuadrículas grises, el trabajo en la academia, la técnica mecanográfica, introducción a la taquigrafía, cien ejercicios de contabilidad, la vuelta a casa, el trabajo de la casa, la imagen antigua de la madre en la cocina, inclinada, vencida cada día, con evidentes síntomas de progresiva debilidad, sumisa junto al silencio del padre. El estímulo pasajero de los compañeros del Círculo, las clases de Luis. El cielo inmensamente azul, burbujas, espumas en la orilla, voces de libertad en los ni-

ños tostados por el sol. Habían salido hacia la playa poco después del amanecer, cuando la iglesia del barrio apenas si había tomado el color de cada día. Nos han engañado otra vez, gritó Ricardo la noche de la última reunión. Los hechos fueron muy simples: a los pocos meses el Círculo había cambiado para ella de significación y, sin embargo —pensaba entonces— era bueno que los muchachos lucharan cada noche por mejorar, librándose de la taberna. Intuyó al joven profesor como se adivina a un relámpago y vio de pronto su oportunidad, su propia imagen adentrándose en el sueño. Cuando salieron juntos por vez primera le temblaban las piernas y la incertidumbre, oscura y dulce, fue el signo de aquel domingo invernal. Notaba los ojos de Luis, su mirada serenamente vigilante y curiosa. Cuando salieron a bailar (ella había pasado muchas veces por delante de la pequeña puerta de aquella sala de fiesta, e incluso se había aventurado por el oscuro corredor forrado de moqueta roja), comprendió que la lucha sería difícil y larga porque Luis apenas si notó la predisposición de su cuerpo. Fueron unos meses de tensión insoportable hasta que la huida de Luis todo lo dejó definido. Y el retorno: idealizar al obrero especializado digno, la madre y su mundo simple, ojos y lección sobre el montón de ropa corcusida, la dig-

nidad de un hogar representado por un tresillo, mesa, paños bordados, jabón, agua caliente, mucha plancha, limpieza extremada. Y Luis distante, nunca tentado por su cuerpo. Una tarde llegó por fin la esperada conversación, aquella especie de confesión informada por la nobleza de espíritu y la gran inteligencia del joven profesor. Una humillación. Golpea la carne. Regresó ofendida a casa. Hay dos formas de amor. La existencia del joven profesor no pertenecía al orden habitual, al orden expectante donde ella estaba integrada con su cuerpo lleno de vida y la posibilidad de ser confundida con una aventura facilona. Mientras contemplaba el domingo absolutamente vacío reflejado en el vaso de Luis, pensaba en Ricardo. Círculo, maniobra de un grupo de eminentes y brillantes jóvenes profesores dirigidos por los Grandes Jefes para ensayar unión o convivencia con una clase (a la que pertenecía ella, Ricardo, su padre, el padre de su padre); experimento en caridad sobre un engañado grupo de hambrientos, en definitiva. La pasión de Ricardo (seguramente mal encauzada, pensaba entonces), sus desordenadas lecturas, su mirada dolorosa, irónica, el día que la vio salir de la sala de fiestas acompañada por Luis. La bomba estalló de forma inevitable. Mortificada, deja, golpea la carne. Luis sorprendido en su cuarto de la residen-

cia. Golpea, supera la carne, lucha contra tu cuerpo, contra ese enemigo incansable. Luis sorprendido durante una de sus clases de guitarra con un gitani- llo rescatado de quince años. Golpea la carne, machaca, gana la partida del sexo. Luis, al parecer, discretamente expulsado de la residencia donde convivían en modélica actitud responsables y pul- cros investigadores que formaban a su vez ejempla- res equipos humanos con altos ideales, gran estilo, incertidumbre y riesgo del camino, fe, compromiso, baluarte sólido frente a la chusma no uniformada con características americanas discretas, lentes, ex- celentes camisas, todos ellos dignos profesores o profesores adjuntos, futuros catedráticos, historia- dores apabullantes, todos creyentes en la unidad del esfuerzo, la solidaridad y la esperanza humana. Las carcajadas de Ricardo, las carcajadas de Ricardo apoyado en la mesa vacía de Luis la noche en la que se confirmó la noticia y otro joven profesor —un poco menos apuesto, pero también impecable— in- tentó explicar (Ricardo ya jefe, líder, peligroso y frío) el extraño caso, disolver con habilidades las clases del Círculo pidiendo amor, comprensión para la na- turaleza humana, tan flaca, tan variable y contradic- toria. Las carcajadas de Ricardo, sus terribles pala- bras, el asombro y el miedo del joven profesor, la

exhaustiva documentación de Ricardo, su inexorable tirar de la manta. La cabeza del líder apoyada en su vientre mientras la mañana proseguía su avance laborioso sobre la playa y las voces de los niños que jugaban en la orilla. Durante el viaje, Ricardo apenas si hizo algún comentario. Recordaba la expresión de sus ojos cuando el autocar se detuvo en el pueblo, a unos kilómetros escasos de la playa y contemplaron los bancos desiertos de la pequeña plaza, los perros, el espigón del puerto. La misma imagen de siempre, los mismos hombres taciturnos sin afeitar formando grupos silenciosos, ojos perdidos en el embarcadero, seis o siete embarcaciones de recreo recién pintadas. Al fondo, barcas alineadas, chiquillos desnudos. El autocar se detuvo un momento y los hombres miraron sin curiosidad a los excursionistas. Atravesaron el pueblo silencioso, pintoresco y blanco. La sorpresa del mar entre los árboles. Su mano en la espalda, la orilla como un reflejo blanco, un ritmo acompasado e interminable. La mano, los dedos, el movimiento pausado; los dedos explorando. Su alarma, la llegada del deseo. Aprisionar la mano entre la carne y la arena, inmovilizando bruscamente la caricia. Un nuevo barco en la línea del horizonte.

—Me voy al agua —dijo sin mirarla.